EL EVANGELIO SEGÚN TOMÁS

Texto copto de Nag Hammadi

Comentarios por Claude IA

Prólogo. Éstos son los dichos secretos que ha proclamado Yeshúa el Viviente y que anotó Dídimo Judas Tomás.

El evangelio se presenta no como narración sino como colección de logia —dichos vivos— del Cristo resucitado. El título «Viviente» señala al Cristo que trasciende la muerte. Tomás (Dídimo: «gemelo») es el receptor privilegiado, símbolo del discípulo que lleva en sí mismo la imagen del Maestro. La transmisión es secreta: no oculta por elitismo, sino porque el conocimiento interior no puede imponerse, solo despertarse.

1. Y él dice: «Quien encuentre la interpretación de estos dichos, no saboreará la muerte».

La clave del evangelio está anunciada en el primer logion: no se trata de creer sino de interpretar, de descifrar el significado viviente. La muerte que se menciona no es solo biológica sino existencial —la ignorancia del propio ser divino. El conocimiento gnóstico (gnosis) libera de esa muerte. Quien comprende, ya participa de la Vida del Viviente (cf. Jn 5:24, 8:51).

2. Yeshúa dice: «Que quien busca no deje de buscar hasta que encuentre, y cuando encuentre se turbará, y cuando haya sido turbado se maravillará y reinará sobre la totalidad».

El camino gnóstico sigue cuatro etapas: búsqueda incesante, turbación ante la verdad que derrumba certezas, asombro ante la magnitud del descubrimiento, y soberanía sobre todo lo creado. La turbación no es fracaso sino umbral necesario: el ego se disuelve antes de que emerja el Sí-mismo verdadero. Clemente de Alejandría cita este logion, vinculándolo con la búsqueda de la Sabiduría.

3. Yeshúa dice: «Si aquéllos que os guían os dijeran, '¡He aquí, la soberanía está en el cielo!', entonces los pájaros del cielo os precederían. Si os dijeran, '¡Está en el mar!', entonces los peces os precederían. Más bien, la soberanía existe dentro de vosotros y existe fuera de vosotros. Quienes llegan a conocerse a sí mismos la hallarán —y cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, sabréis que sois los Hijos del Padre viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, estáis empobrecidos y sois el empobrecimiento».

El Reino no es un lugar geográfico ni escatológico sino una dimensión del ser. La sentencia délfica «Conócete a ti mismo» converge aquí con la revelación cristiana: el autoconocimiento verdadero revela la filiación divina. El que ignora su origen en el Padre está en pobreza ontológica. La soberanía es simultáneamente interior y exterior porque el Uno está en todo y todo está en el Uno (cf. Lc 17:21).

4. Yeshúa dice: «La persona mayor en días no vacilará en preguntar a un niño de siete días sobre el lugar de la vida —y vivirá. Pues muchos que son primeros serán los últimos y se convertirán en una sola unidad».

El «niño de siete días» evoca el estado anterior a la circuncisión, la pureza primordial antes de toda marca exterior. La sabiduría gnóstica invierte la jerarquía convencional: el anciano debe aprender del recién llegado a la existencia, que aún recuerda el origen. La unidad final alude a la reintegración de todos en el Uno, meta de la travesía del alma.

5. Yeshúa dice: «Conoce tú a Él enfrente de tu rostro y lo que se esconde de ti se te revelará. Pues no hay nada escondido que no será manifiesto, y nada enterrado que no será levantado».

La revelación gnóstica no viene de fuera sino del reconocimiento de lo que ya está ante nosotros. El Padre se presenta «enfrente del rostro» —en la inmediatez de la presencia. Lo oculto se revela cuando la mirada interior se abre. El logion anticipa que toda verdad enterrada resucitará: hay una correspondencia entre el conocimiento y la resurrección.

6. Sus discípulos le preguntan: «¿Cómo quieres que ayunemos y cómo oraremos? ¿Y cómo daremos limosna y qué dieta mantendremos?» || Yeshúa dice: «No mintáis y no practiquéis lo que odiáis —porque todo se revela delante del rostro del cielo. Pues no hay nada oculto que no será manifiesto y no hay nada cubierto que quedará sin ser destapado».

Yeshúa reorienta la práctica religiosa: no importan los ritos externos sino la coherencia interior. La mentira y la hipocresía —hacer lo que se odia— son las verdaderas impurezas. La transparencia total ante «el rostro del cielo» es el criterio ético gnóstico: vivir como si no hubiera nada oculto, porque en verdad no lo hay ante el Padre. (cf. Lev 19:11; Tobías 4:15).

7. Yeshúa dice: «Bendito es el león que el humano come —y el león se convertirá en humano. Y maldito es el humano a quien el león come —y el humano se convertirá en león».

El león simboliza las pasiones animales, la naturaleza instintiva. Si el ser humano «come» al león —lo integra, lo transforma— se eleva espiritualmente. Si en cambio es devorado por sus pasiones, regresa a un estado inferior. La imagen alquímica de la transformación está presente: el iniciado digiere lo bruto y lo convierte en luz. La dirección de la transformación determina la dignidad del ser.

8. Y él dice: «La soberanía se asemeja a un pescador sabio que echó su red al mar. La sacó del mar llena de pececillos. Entre ellos descubrió un pez grande y bueno. Aquel pescador sabio devolvió todos los pececillos al mar, escogió sin vacilar al pez grande. Quien tiene oídos para oír, ¡que oiga!»

La parábola enseña la discriminación espiritual: el sabio sabe distinguir lo valioso de lo trivial y no se dispersa en lo múltiple. El «pez grande» es el Conocimiento verdadero, la perla del ser. La renuncia a los «pececillos» —placeres, apegos, identidades superficiales— no es pérdida sino focalización. La gnosis exige esta elección radical y lúcida (cf. Mt 13:47-48).

9. Yeshúa dice: «He aquí, el sembrador salió —tomó un puñado, arrojó. Algunas en verdad cayeron en el camino —vinieron los pájaros, las recogieron. Otras cayeron sobre la roca madre— y no arraigaron abajo en el suelo y no brotaron espigas hacia el cielo. Y otras cayeron entre los espinos —ellos ahogaron a las semillas y el gusano se las comió. Y otras cayeron en la buena tierra —produjo fruto bueno hacia el cielo arriba, rindió sesenta por medida y ciento veinte por medida».

La semilla es el Logos divino sembrado en cada alma. La «buena tierra» es el corazón despierto, receptivo, que no solo escucha sino que hace madurar el conocimiento hasta multiplicarlo. Las demás condiciones representan grados de impermeabilidad espiritual: la distracción, la superficialidad, el ahogo por lo mundano. El fruto «hacia el cielo arriba» indica que el crecimiento verdadero es vertical.

10. Yeshúa dice: «He arrojado fuego sobre el mundo —y he aquí que lo vigilo hasta que arda».

El fuego es el Espíritu que transforma, purifica y consume lo caduco. No es destrucción sino alquimia cósmica. Yeshúa no viene a preservar el orden del mundo (kosmos) sino a encenderlo desde dentro. El fuego vigilado apunta a una consumación progresiva: el mundo arde hasta que todo lo perecedero ceda paso a lo eterno (cf. Lc 12:49; Joel 2:3).

11. Yeshúa dice: «Este cielo pasará y pasará el que existe más arriba. Y los muertos no están vivos y los vivos no morirán. En los días en que comíais lo muerto, lo transformasteis a la vida —cuando entréis en la luz, ¿qué haréis? En el día en que estabais unidos, os separasteis —pero cuando os hayáis separado, ¿qué haréis?»

La cosmología gnóstica aparece aquí: incluso los cielos son perecederos. La distinción entre «muertos» y «vivos» no es biológica sino espiritual. Comer lo muerto y transformarlo en vida es la tarea del iniciado: integrar la materia en el espíritu. La pregunta sobre la separación alude a la caída del alma desde la unidad primordial; el camino de regreso pasa por esa misma separación conscientemente asumida.

12. Los discípulos dicen a Yeshúa: «Sabemos que te separarás de nosotros. ¿Quién será Rabí sobre nosotros?» || Yeshúa les dice: «En el lugar a donde habéis venido, iréis a Jacob el Justo, para el bien de que llegan a ser el cielo y la tierra».

Yeshúa designa a Santiago el Justo como guía de la comunidad, figura histórica del primer cristianismo de Jerusalén. El diálogo parece situado en el contexto de la post-resurrección. Que por él «llegan a ser el cielo y la tierra» indica una autoridad mediadora cósmica. El evangelio reconoce así estructuras comunitarias reales, aunque lo esencial del camino es personal e interior.

13. Yeshúa dice a sus discípulos: «Comparadme y decidme a quién me asemejo». || Shimón Kefa le dice: «Te asemejas a un ángel justo». || Mateo le dice: «Te asemejas a un filósofo del corazón». || Tomás le dice: «Maestro, ¡mi boca es totalmente incapaz de decir a quién te asemejas!» || Yeshúa dice: «No soy tu maestro, ya que has bebido del manantial burbujeante que he repartido al medirlo. Y lo lleva consigo, se retira, le dice tres palabras: SOY QUIEN SOY». Ya al volver Tomás a sus compañeros, le preguntan: «¿Qué te dijo Yeshúa?» || Tomás les dice: «Si os dijera siquiera una de las palabras de las que me dijo, cogeríais piedras para lapidarme —¡y fuego saldría de las piedras para consumiros!»

Este es el logion central del evangelio. Tomás supera a Pedro y Mateo no por una respuesta más elaborada sino por el silencio ante lo inefable. Yeshúa le revela el Nombre divino (Éx 3:14), idéntico al «SOY» de la zarza ardiente. La gnosis suprema es incomunicable directamente: quien la recibe «bebe» del manantial y ya no necesita maestro exterior. El peligro de revelarla sin preparación es real: el fuego que sale de las piedras.

14. Yeshúa les dice: «Si ayunáis, engendréis transgresión a vosotros mismos. Y si oráis, seréis condenados. Y si dais limosna, causaréis maldad a vuestras espíritus. Y cuando entréis en cualquier territorio para viajar por las regiones, si os reciben, comed lo que os pongan frente a vosotros y curad a los enfermos entre ellos. Pues lo que entra en vuestra boca no os profanará, sino lo que sale de vuestra boca —eso es lo que os profanará».

Yeshúa critica la piedad exterior realizada en público (ayuno, oración, limosna ostentosa) como fuente de hipocresía y vanagloria. En contraste, el servicio misionero auténtico —adaptarse, comer lo que se ofrezca, sanar— es práctica real. La pureza no es ritual sino ética del habla: la boca que miente, hiere o engaña contamina al que habla. Lo interno determina lo sagrado (cf. Mc 7:14-23).

15. Yeshúa dice: «Cuando veáis a quien no nació de mujer, prosternaos sobre vuestro rostro y adoradle —él es vuestro Padre».

El que «no nació de mujer» es el Padre no-generado, la fuente sin origen, el Uno que antecede toda manifestación. La adoración postrada indica la respuesta adecuada ante lo absolutamente Otro. Paradójicamente, ese Padre absolutamente trascendente es también el más íntimo: es «vuestro» Padre. La gnosis une los extremos: el Infinito es el origen propio del alma.

16. Yeshúa dice: «Quizás la gente piense que he venido para arrojar paz sobre la tierra, y no saben que he venido para arrojar conflictos sobre la tierra —fuego, espada, guerra. Pues habrá cinco en una casa —estarán tres contra dos y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre. Y se pondrán de pie como solitarios».

La paz que ofrece Yeshúa no es la paz del mundo —conformismo, ilusión compartida— sino la que sigue a la ruptura con lo establecido. El fuego y la espada son la gnosis que separa: el discernimiento corta lazos familiares, sociales e ideológicos. Quienes despiertan quedan solos (monachos: solitarios), no por elitismo sino porque la verdad interior no puede ser impuesta ni compartida si no es buscada.

17. Yeshúa dice: «Yo os daré lo que ningún ojo ha visto y ningún oído ha escuchado y ninguna mano ha tocado, y que no ha surgido en la mente humana».

Lo que Yeshúa promete supera toda experiencia sensorial e intelectual: es la gnosis del Padre, que no puede ser deducida ni imaginada sino únicamente recibida como don directo. San Pablo cita una formulación cercana (1 Co 2:9) aplicada al Espíritu. El conocimiento gnóstico no es acumulación de datos sino revelación que transforma la naturaleza del que la recibe, más allá de cualquier categoría conocida.

18. Los discípulos dicen a Yeshúa: «Dinos cómo será nuestro fin». || Yeshúa dice: «¿Es que habéis descubierto el origen, que ahora preguntáis referente al fin? Pues en el lugar donde existe el origen, allí existirá el fin. Bendito es quien se pondrá de pie en el origen —y conocerá el fin y no saboreará la muerte».

El tiempo gnóstico es circular: el fin retorna al origen. La escatología no apunta hacia adelante sino hacia adentro y hacia atrás —al Principio (arjé) del que todo procede. El que se establece en el origen ya vive fuera del tiempo lineal y de la muerte. T.S. Eliot lo expresa en Four Quartets: «El fin es donde empecemos». El Alfa y el Omega son el mismo punto visto desde dentro.

19. Yeshúa dice: «Bendito es quien existía antes de que entrara en el Ser. Si os convertís en discípulos míos y atendéis mis dichos, estas piedras os servirán. Pues tenéis cinco árboles en el paraíso, los cuales no se mueven en el verano ni caen sus hojas en el invierno —quien los conoce no saboreará la muerte».

La preexistencia del alma es afirmada como bienaventuranza: el que «existía antes de entrar en el Ser» conoce su origen divino. Los «cinco árboles del paraíso» han sido interpretados como los cinco sentidos transfigurados, que en el paraíso interior no sufren la alternancia estacional del mundo material. El conocimiento de esos árboles es el conocimiento del cuerpo glorificado, impervio a la muerte.

20. Los discípulos dicen a Yeshúa: «Dinos a qué se asemeja la soberanía de los cielos». || Él les dice: «Se asemeja a una semilla de mostaza, la más pequeña de todas las semillas —pero cuando cae en tierra fértil, produce una planta grande y se hace albergue para los pájaros del cielo».

Lo más pequeño contiene la mayor potencia de transformación. La semilla de mostaza es imagen perfecta de la chispa divina (la pneuma) oculta en el alma: minúscula en apariencia, pero capaz de generar un árbol que aloja a otros. La «tierra fértil» es el corazón dispuesto. Los «pájaros del cielo» que anidan en ella son pensamientos, almas o ángeles atraídos hacia la presencia del Viviente.

21. Máriam dice a Yeshúa: «¿A quiénes se asemejan tus discípulos?» || Él dice: «Se asemejan a niñitos que residen en un campo que no es suyo. Cuando vengan los dueños del campo, dirán: '¡Dejadnos nuestro campo!' Se quitan su ropa frente a ellos para cedérselo y para devolverles su campo». Por eso yo digo, si el dueño de la casa se entera de que viene el ladrón, estará sobre aviso antes de que llegue. ¡Que haya entre vosotros una persona con comprensión! —cuando maduró el fruto, vino rápido con su hoz en la mano, lo cosechó. Quien tiene oídos para oír, ¡que oiga!»

Los discípulos son como niños en campo ajeno: el mundo material no les pertenece y deben estar listos para abandonarlo sin apego, como quien se desnuda sin vergüenza. La vigilancia ante el «ladrón» —la muerte, la ignorancia, el tiempo— requiere discernimiento. La persona «con comprensión» actúa en el momento justo: la madurez espiritual exige cosecha oportuna.

22. Yeshúa ve a niños que están mamando. Dice a sus discípulos: «Estos niños que maman se asemejan a los que entran en la soberanía». || Le dicen: «¿Así al convertirnos en niños entraremos en la soberanía?» || Yeshúa les dice: «Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior y lo de arriba como lo de abajo, y si establezcáis el varón con la mujer como una sola unidad de tal modo que el hombre no sea masculino y la mujer no sea femenina, cuando establezcáis un ojo en el lugar de un ojo y una mano en el lugar de una mano y un pie en el lugar de un pie y una imagen en el lugar de una imagen —entonces entraréis en la soberanía».

La unificación de los opuestos es el núcleo de la soteriología tomásica. La entrada al Reino no es una regresión infantil sino la integración de todas las dualidades: arriba/abajo, interior/exterior, masculino/femenino. Cuando el alma unifica su naturaleza escindida recupera la imagen primordial del ser humano andrógino anterior a la separación (Gén 1:27). Clemente de Alejandría cita una versión de este logion vinculada a la perfecta madurez espiritual.

23. Yeshúa dice: «Yo os escogeré, uno entre mil y dos entre diez mil —y se pararán como una sola unidad».

La elección no es arbitraria sino respuesta a la disposición del alma. La rareza de los elegidos (uno entre mil) no expresa exclusivismo elitista sino la dificultad real del camino de despertar. Los escogidos, a pesar de su origen en individuos distintos, «se pararán como una sola unidad»: la gnosis lleva a la unidad del ser, no al aislamiento individual. La multiplicidad de los llamados converge en el Uno.

24. Sus discípulos dicen: «Muéstranos tu lugar, pues es preciso que lo busquemos». || Él les dice: «Quien tiene oídos, ¡que oiga! Dentro de un hombre de luz hay luz y él ilumina al mundo entero. Cuando no brilla, hay oscuridad».

El «lugar» de Yeshúa no es geográfico sino luminoso: es la condición de ser plenamente luz. El «hombre de luz» es el pneumático, el que ha actualizado la chispa divina hasta irradiarla. Si esa luz no brilla, el mundo entero queda en tinieblas: la responsabilidad del despierto es cósmica. El logion apunta a que cada ser humano puede y debe convertirse en ese hombre de luz (cf. Jn 1:9; Mt 5:14).

25. Yeshúa dice: «Ama a tu hermano como a tu alma, protégelo como a la pupila de tu ojo».

El mandamiento del amor toma aquí una forma extraordinariamente concreta: amar al hermano «como al alma propia» implica que en él se ve el mismo origen divino que en uno mismo. La pupila del ojo —lo más delicado y precioso del ser— es la medida de la protección requerida. La gnosis no separa del prójimo; al contrario, la visión del Uno que habita en todos funda el amor más radical.

26. Yeshúa dice: «Ves la mota que está en el ojo de tu hermano, pero no ves la viga que está en tu propio ojo. Cuando saques la viga de tu propio ojo, entonces verás claro para quitar la mota del ojo de tu hermano».

La crítica al prójimo es proyección: lo que vemos en el otro es aquello que no hemos integrado en nosotros mismos. El trabajo espiritual comienza siempre en uno mismo. Solo quien ha limpiado su propia visión puede ayudar a otro a ver con claridad, sin proyección ni distorsión. En la tradición gnóstica, la purificación del ojo interior es condición del discernimiento verdadero (cf. Mt 7:3-5).

27. Yeshúa dice: «A menos que ayunéis del sistema, no encontraréis la soberanía. A menos que mantengáis la semana entera como sábado, no veréis al Padre».

El «ayuno del mundo» (kosmos) es la práctica gnóstica central: desapegarse del sistema de valores, relaciones e identidades que el mundo impone. El sábado perpetuo —que Justino Mártir menciona como señal del nuevo evangelio— no es un día de reposo sino el estado continuo de reposo interior en el que se habita cuando se ha salido del ciclo compulsivo del ego. Ver al Padre requiere ese silencio permanente.

28. Yeshúa dice: «Me puse de pie en medio del mundo y encarnado me manifestaba a ellos. Los encontré a todos ebrios, no encontré a nadie sediento entre ellos. Y mi alma se apenaba por los hijos de los hombres, porque están ciegos en sus corazones y no ven que vacíos han entrado en el mundo y vacíos están destinados a salir del mundo de nuevo. Pero ahora están ebrios —cuando hayan sacudido su vino, entonces cambiarán de mentalidad».

La encarnación de Yeshúa es explícitamente afirmada: se manifestó «en carne» —antidualistamente— en el mundo. La tristeza ante la ebriedad colectiva —la inconsciencia de masas— es compasión, no desprecio. Entrar y salir «vacíos» es la tragedia del alma que no despertó a su origen. El cambio de mentalidad (metanoia) llega cuando el «vino» del autoengaño se disuelve. Hay esperanza: la sobriedad llegará.

29. Yeshúa dice: «Si la carne ha llegado a ser por lo espiritual, es una maravilla —pero si espíritu por lo corporal, sería una maravilla maravillosa. Pero me maravillo de esto —que esta gran riqueza haya morado en esta pobreza».

El logion contempla el misterio de la encarnación desde dos ángulos. Que el espíritu anime la carne es extraordinario; que la carne pudiera generar espíritu sería aún más asombroso. Lo que Yeshúa celebra es la paradoja de que la «gran riqueza» —el espíritu, el Logos— habite en la «pobreza» del cuerpo material. No hay desprecio de la materia sino asombro ante la condescendencia divina al encarnarse.

30. Yeshúa dice: «Donde hay tres dioses, son ateos. Donde hay solo uno, digo que yo mismo me quedo con él. Levantad la piedra y allí me encontraréis, partid la madera y allí estoy».

El monoteísmo radical del logion rechaza toda teología que multiplique lo divino. Donde hay tres «dioses» —en sentido de potencias separadas y autónomas— no hay Dios verdadero: es ateísmo disfrazado. El Uno verdadero está presente en todo: la piedra, la madera. Esta omnipresencia no es panteísmo abstracto sino presencia del Cristo-Logos en cada elemento de la creación. Partir la madera puede aludir a la cruz.

31. Yeshúa dice: «Ningún oráculo se acepta en su propia aldea, ningún médico cura a aquéllos que lo conocen».

La familiaridad mata la percepción de lo sagrado. El profeta y el sanador son transparentes para quienes los conocen desde niños, incapaces de ver a través de lo cotidiano hacia lo que realmente son. El conocimiento gnóstico exige precisamente esa capacidad de ver más allá de la apariencia habitual —en el maestro, en el prójimo y en uno mismo. La aldea es también la mente habitual que no puede revelar al extraño que uno porta.

32. Yeshúa dice: «Una ciudad que se construye encima de una montaña alta y fortificada, no puede caer ni ser escondida».

La ciudad sobre la montaña es la comunidad o el alma que se ha establecido en lo alto —en el origen espiritual, en el conocimiento del Padre. Lo que está fundado en verdad no puede ocultarse ni derrumbarse. La solidez de la gnosis no viene de la fortaleza exterior sino de la elevación: habitar lo alto, el punto de perspectiva que trasciende el horizonte limitado del mundo llano (cf. Mt 5:14).

33. Yeshúa dice: «Lo que escucharás en tu oído, proclámalo desde tus azoteas a otros oídos. Pues nadie enciende una lámpara para ponerla debajo de un cesto ni la pone en un lugar escondido, sino que se coloca sobre el candelabro para que todos los que entran y salen vean su resplandor».

La gnosis no es para acapararse sino para irradiarse. La luz que se esconde contradice su propia naturaleza. El iniciado que recibe el conocimiento tiene la responsabilidad de proclamarlo —no indiscriminadamente, sino desde la «azotea»: el punto elevado de su comprensión. La lámpara sobre el candelabro es el maestro que no se retrae sino que ilumina el camino de quienes entran y salen de la búsqueda.

34. Yeshúa dice: «Si un ciego guía a un ciego, los dos caen juntos en un hoyo».

La autoridad espiritual solo puede ejercerse desde la visión real, no desde la posición institucional. Un maestro que no ha visto no puede guiar a quien busca ver: ambos se precipitan juntos. La tradición gnóstica insiste en la necesidad de un maestro que haya recibido la gnosis directa. El logion es también autoevaluación: ¿Guío desde la luz o desde mi propia oscuridad no reconocida?

35. Yeshúa dice: «Nadie puede entrar en la casa del poderoso para conquistarla por la fuerza, a menos que le ate sus manos —entonces saqueará su casa».

El «poderoso» es el arjonte o demiurgo que mantiene al alma cautiva en el mundo material. Entrar en su casa —liberar el alma de su dominio— requiere atar sus manos: neutralizar el poder que ejerce a través de la ignorancia. El «saqueo» es la liberación de los recursos del alma que estaban aprisionados. La gnosis actúa como la cuerda que inmoviliza al guardián para recuperar el tesoro del ser verdadero.

36. Yeshúa dice: «No estéis ansiosos por la mañana a causa de la noche ni por la noche a causa de la mañana, ni por vuestro alimento que comeréis ni por vuestra vestidura que llevaréis. Sois muy superiores a las flores del viento que ni cardan lana ni hilan. Cuando estéis desnudos, ¿qué os lleváis? O ¿quién puede aumentar vuestra estatura? Él mismo os dará vuestra vestidura».

La vestidura que el Padre dará es la imagen gloriosa del ser verdadero —no ropa material. La desnudez mencionada remite a la desnudez ante el Padre, libre de toda máscara social o ego construido. La providencia divina no requiere la ansiedad humana sobre lo material: el ser que conoce su origen en el Uno sabe que todo le será dado en el momento preciso. La confianza es el fruto del conocimiento.

37. Sus discípulos dicen: «¿Cuándo te nos aparecerás y cuándo te percibiremos?» || Yeshúa dice: «Cuando os quitéis vuestras vestiduras sin avergonzaros y toméis vuestras vestiduras y las pongáis bajo vuestros pies para pisar sobre ellas, como hacen los niñitos —entonces mirarán al Hijo del Viviente y no temeréis».

Las «vestiduras» son las identidades construidas, las máscaras sociales y egóicas. Quitárselas «sin vergüenza» es el acto del iniciado que ha recuperado la inocencia adámica anterior a la caída —la desnudez del paraíso que no necesita ocultarse. Pisarlas bajo los pies indica no supresión sino soberanía sobre ellas. Solo entonces se ve al «Hijo del Viviente» —la naturaleza crística que habita en todo.

38. Yeshúa dice: «Muchas veces habéis anhelado oír estos dichos que os proclamo y no tenéis otro de quien oírlos. Habrá días en que me buscaréis, pero no me encontraréis».

La unicidad de la revelación gnóstica es subrayada: estos dichos no se encuentran en otra fuente. La urgencia de escuchar ahora está motivada por la transitoriedad del momento: habrá días de ausencia. Espiritualmente, alude a las fases del camino en que el Viviente parece retirarse —la «noche oscura del alma». El logion invita a aprovechar el momento de la presencia viva antes de que llegue la búsqueda en la oscuridad.

39. Yeshúa dice: «Los dogmáticos y los escriturarios han recibido las llaves del conocimiento, pero las han escondido. No entraron ellos, ni permitían entrar a los que querían hacerlo. Pero vosotros —haceos astutos como serpientes y puros como palomas».

Los guardianes institucionales de la escritura tienen las llaves de la gnosis pero las utilizan para cerrar, no para abrir. Su doble fracaso —no entrar ellos ni dejar entrar a otros— es la crítica más severa del logion. Frente a eso, la sabiduría del discípulo gnóstico combina la astucia de la serpiente —discernimiento, prudencia— con la pureza de la paloma —transparencia, ausencia de agendas ocultas (cf. Mt 10:16).

40. Yeshúa dice: «Ha sido plantada una enredadera sin el Padre, y puesto que no es vigorosa será desarraigada y destruida».

Lo que no tiene su raíz en el Padre carece de vida verdadera y está destinado a perecer. La «enredadera» plantada sin el Padre puede ser cualquier sistema religioso, filosófico o existencial que no procede del origen verdadero. El criterio gnóstico de discernimiento es simple: ¿viene esto del Padre? ¿Tiene vida real? Si no, por más que florezca temporalmente, será arrancada.

41. Yeshúa dice: «Quien tiene en su mano, a él se le dará más. Y quien no tiene, se le quitará incluso lo poco que tiene».

El logion enuncia la ley espiritual de la potenciación: el conocimiento atrae más conocimiento; la apertura genera más apertura. No es injusticia sino dinámica de la vida interior: quien tiene la llama viva la alimenta; quien tiene solo ceniza la pierde también. El «tener» aquí no es posesión material sino presencia activa de la gnosis en el alma. La luz que no se aviva se extingue.

42. Yeshúa dice: «Estad de paso».

El logion más breve del evangelio es uno de los más profundos. El griego dice parágetai —ser transeúnte, nómada, peregrino. El gnóstico no pertenece al mundo: lo atraviesa. No se instala, no se afinca, no construye patria en lo perecedero. La identidad verdadera es la del alma en tránsito hacia su origen. Como Matsuo Bashō: «Cada día es un viaje y el viaje mismo es nuestro hogar».

43. Sus discípulos le dicen: «¿Quién eres?, puesto que nos dices estas cosas». || Yeshúa les dice: «De lo que os digo no conocéis quién soy, ya que os habéis hecho como los judíos —pues aman el árbol pero odian su fruto, y aman el fruto pero odian el árbol».

La identidad de Yeshúa se revela en sus palabras, no en sus títulos. Los discípulos que preguntan «¿quién eres?» en lugar de escuchar el contenido de lo que dice caen en el mismo error que critica a los que separan árbol de fruto. El árbol es la tradición; el fruto, el conocimiento vivo que produce. Rechazar el fruto (la gnosis) aferrándose al árbol (la institución) es traicionar la tradición que se dice honrar.

44. Yeshúa dice: «Quien maldice al Padre, se le perdonará. Y quien maldice al Hijo, se le perdonará. Pero quien maldice a la Espíritu Santa, no se le perdonará —ni en la tierra ni en el cielo».

La blasfemia imperdonable contra el Espíritu Santo es la negación de la presencia viva, interior y transformadora de lo divino. Blasfemar contra el Padre o el Hijo —imágenes conceptuales— puede ser producto de ignorancia y tiene remedio. Pero rechazar el Espíritu que actúa directamente en el alma es cerrar la única puerta por la que entra la vida. En arameo, «espíritu» (ruaj) es femenino: el Espíritu es la Madre.

45. Yeshúa dice: «No se cosechan uvas de los espinos ni se recogen higos de las zarzas —pues no dan fruto. Una persona buena saca lo bueno de su tesoro. Una persona perversa saca la maldad del tesoro malo que está en su corazón y habla maliciosamente —pues de la abundancia del corazón saca la maldad».

El corazón es el suelo del que brotan las palabras y las acciones. El árbol no puede dar fruto que no lleva en su naturaleza. La tradición gnóstica aplica esto a la fuente interior: si el corazón está purificado por la gnosis, lo que emerge es bueno; si está ocupado por la ignorancia y el miedo, lo que sale es maldad. El «tesoro» del corazón es la imagen divina: cuanto más se accede a ella, más abundante es el bien que fluye.

46. Yeshúa dice: «Desde Adán hasta Juan Bautista, entre los nacidos de mujeres no hay ninguno más enaltecido que Juan Bautista. No obstante, he dicho que quienquiera de entre vosotros que se haga como niño, conocerá la soberanía y será más exaltado que Juan».

Juan Bautista es la cúspide del mundo profético antiguo —nacido de mujer, dentro de la historia ordinaria. Pero el camino que Yeshúa abre supera ese horizonte: hacerse «como niño» —en el sentido de logion 4, recuperar el estado previo a toda acumulación egóica— eleva por encima de la más grande figura profética. La gnosis no es evolución de la profecía sino apertura a una dimensión diferente.

47. Yeshúa dice: «Una persona no puede montar dos caballos ni tensar dos arcos, y un esclavo no puede servir a dos amos —de lo contrario honrará a uno y ofenderá al otro. Nadie bebe vino añejo e inmediatamente quiere beber vino fresco. Y no se pone vino fresco en odres viejos, para que no se revienten. Y no se pone vino añejo en odres nuevos, para que no se vuelva ácido. No se cose remiendo viejo en ropa nueva, porque vendría un rasgón».

El logion trata de la incompatibilidad entre el mundo viejo y el nuevo. La gnosis es el «vino añejo» —maduro, profundo— que requiere personas preparadas, transformadas, que puedan contenerla sin romperse. Mezclar lo viejo y lo nuevo produce ruptura en ambos. El discípulo genuino elige un solo señor: no puede dividir su lealtad entre el mundo (kosmos) y el Padre.

48. Yeshúa dice: «Si dos hacen la paz entre sí dentro de esta misma casa, dirán a la montaña, '¡Muévete!' —y se moverá».

La paz interior —la unificación de los dos en uno, como en logion 22— genera un poder que trasciende los límites ordinarios. «Esta misma casa» es el cuerpo o la comunidad donde los opuestos se han reconciliado. La montaña que se mueve es la resistencia de lo imposible ante la fuerza de lo integrado. La concordia interior del ser tiene eficacia cósmica: lo que está en paz en el alma reordena la realidad exterior.

49. Yeshúa dice: «Benditos son los solitarios y escogidos —pues encontraréis la soberanía. Habéis procedido de ella y a ella volveréis».

El «solitario» (monachos) no es el ermitaño social sino el que ha alcanzado la unidad interior —el que ya no está dividido. El camino del gnóstico es circular: parte del Uno, desciende a la multiplicidad del mundo, y regresa a su fuente. La bienaventuranza de los solitarios es la de quienes han recordado ese origen y caminan hacia el retorno. No es melancolía sino plenitud del que sabe a dónde va (cf. Jn 16:28).

50. Yeshúa dice: «Si os dicen: '¿De dónde venís?', decidles: 'Hemos venido de la luz, el lugar donde la luz se ha originado por sí misma —Él se puso de pie y Él mismo se apareció en las imágenes de ellos'. Si os dicen: '¿Quiénes sois?', decid: 'Somos los Hijos de Él y somos los escogidos del Padre viviente'. Si os preguntan: '¿Cuál es el signo en vosotros de vuestro Padre?', decidles: 'Es movimiento con reposo'».

El logion es casi una fórmula litúrgica de identidad gnóstica: respuestas preparadas para el tránsito del alma. Origen: la Luz autogenerada. Identidad: hijos del Padre Viviente. Signo: «movimiento con reposo» —la paradoja del alma activa en el mundo y al mismo tiempo enraizada en la quietud del origen. Esta simultaneidad de dinamismo e inmovilidad es la señal del pneumático: actúa sin ser movido por el mundo.

51. Sus discípulos le dicen: «¿Cuándo sucederá el reposo de los muertos, y cuándo vendrá el mundo nuevo?» || Él les dice: «Lo que buscáis ya ha llegado, pero no lo conocéis».

La escatología gnóstica es presentista: el Reino ya está aquí, el reposo ya ha llegado, el mundo nuevo ya es. La dificultad no es temporal sino cognitiva: los discípulos no lo perciben porque buscan fuera en el tiempo lo que está dentro en la eternidad. Este «ya pero no todavía» gnóstico es el más radical: no «todavía no», sino «ya, pero ciego a ello». La gnosis es precisamente esa apertura de ojos (cf. Lc 17:20-21).

52. Sus discípulos le dicen: «Veinticuatro profetas proclamaron en Israel, y todos hablaban dentro de ti». || Él les dice: «Habéis ignorado al viviente que os enfrenta, y habéis hablado de los muertos».

El reproche es contundente: los discípulos honran a los profetas del pasado mientras ignoran al Viviente presente. La tradición religiosa puede convertirse en obstáculo cuando se convierte en sustituto de la experiencia directa. Los «muertos» no son los profetas en sí, sino sus textos cuando se tratan como reliquias en lugar de señales que apuntan al Viviente que ahora está frente a ellos.

53. Sus discípulos le dicen: «¿Es provechosa la circuncisión, o no?» || Él les dice: «Si fuera provechosa, su padre los engendraría circuncisos de su madre. Pues la que es provechosa totalmente es la verdadera circuncisión espiritual».

El logion descarta la circuncisión ritual en favor de la circuncisión del corazón —la que Jeremías (4:4) ya reclamaba. El argumento es directo: si fuera esencial, Dios la habría incorporado en la naturaleza misma. Lo que el cuerpo no trae al nacer no puede ser condición del alma. La «circuncisión espiritual» es la separación interior de todo lo que oscurece el origen divino: el corte del ego superficial.

54. Yeshúa dice: «Benditos sean los pobres, pues vuestra es la soberanía de los cielos».

La pobreza aquí —como en la fuente Q y en Lucas— es ante todo material y social, no solo espiritual. El logion invierte radicalmente la lógica del mundo: los que el sistema margina son los más próximos al Reino. En clave gnóstica, la «pobreza» es también el vaciamiento del ego que hace posible llenarse de lo divino: beatifichi pauperes spiritu (Stg 2:5). El Reino es de los que no tienen nada que defender.

55. Yeshúa dice: «Quien no odia a su padre y a su madre, no podrá hacerse mi discípulo. Y quien no odia a sus hermanos y a sus hermanas y no levanta su propia cruz a mi manera, no se hará digno de mí».

El «odio» a los padres es un semitismo que significa dar menor prioridad: anteponer el camino espiritual a los vínculos familiares. La familia biológica puede ser el lazo más fuerte que retiene al alma en la identidad social construida. La «cruz» mencionada aquí —inusual en el evangelio de Tomás— es el instrumento de la propia transformación: cargarla «a mi manera» es seguir el camino de Yeshúa de desapego radical.

56. Yeshúa dice: «Quien ha conocido el sistema, ha encontrado un cadáver —y quien ha encontrado un cadáver, de él no es digno el sistema».

El «sistema» (kosmos) del mundo, cuando se ve con ojos gnósticos, resulta ser un cadáver: apariencia de vida sin vida verdadera. El que llega a esta visión ya no puede ser reclamado por el mundo, pues lo ha trascendido. El logion es un desapego radical sin desprecio: no se huye del mundo por miedo sino porque se ha visto su naturaleza real. El gnóstico camina entre cadáveres sin ser uno de ellos (Sab 13:10).

57. Yeshúa dice: «La soberanía del Padre se asemeja a una persona que tiene semilla buena. Su enemigo vino de noche, sembró maleza entre la semilla buena. El hombre no les permitió arrancar la maleza, les dice: 'Para que no salgáis diciendo, vamos a arrancar la maleza, y arranquéis el trigo con ella'. Pues en el día de la cosecha, aparecerá la maleza —la arrancan y la queman».

La paciencia divina ante el mal en el mundo es enseñanza central: el tiempo de la cosecha —el juicio interior— es el único momento en que la separación puede hacerse sin daño. El arrancar prematuramente es violencia que destruye junto con lo malo también lo bueno. La maduración espiritual requiere coexistencia temporal de luz y sombra en el mismo campo del alma, hasta que cada cosa pueda ser reconocida plenamente (cf. Mt 13:24-30).

58. Yeshúa dice: «Bendita es la persona que ha padecido —ha encontrado la vida».

El sufrimiento no es buscado por sí mismo sino reconocido como camino de encuentro con la Vida. El que ha atravesado el dolor y no se ha roto descubre en el fondo de la prueba una vitalidad que no podría haber encontrado de otro modo. En la tradición cristiana gnóstica, el pathos es la condición de la metanoia: quien no ha padecido permanece en la superficie de sí mismo. La vida verdadera está al otro lado de la pérdida.

59. Yeshúa dice: «Mirad al Viviente mientras viváis, para que no muráis y anheléis mirarlo sin poderlo ver».

La urgencia del logion es la urgencia de la presencia. El «Viviente» debe ser contemplado ahora, en esta vida, en este momento de conciencia despierta. Quien no lo busca mientras tiene ojos, al morir anhelará inútilmente lo que no cultivó. En la gnosis, la muerte no es el final sino la cristalización del estado en que se encontraba el alma: si estaba ciega, seguirá ciega. La visión debe cultivarse ahora (cf. Ecl 12:1).

60. Vieron a un samaritano cargando un cordero, entrando en Judea. Yeshúa les dice: «¿Por qué lleva consigo el cordero?» || Le dicen: «Para matarlo y comerlo». || Él les dice: «Mientras está vivo no lo comerá, sino solamente después de haberlo matado y se convierta en cadáver». || Dicen: «De lo contrario no podrá hacerlo». || Él les dice: «Vosotros mismos —buscad un lugar para vosotros mismos en el reposo, para que no os hagáis cadáveres y seáis comidos».

La escena del cordero es una enseñanza sobre el destino del alma ignorante: ser consumida por el mundo que la rodea. El reposo (anapausis) que Yeshúa propone es la condición interior del que ya no puede ser «comido» —el que ha encontrado su lugar en el Padre. El cordero que busca su propio reposo antes de ser sacrificado es imagen del alma que toma conciencia de su situación y actúa antes de que sea demasiado tarde.

61. Yeshúa dice: «Dos descansarán en una cama —el uno morirá, el otro vivirá». || Salomé dice: «¿Quién eres tú, hombre? Como mandado por alguien, te acostaste en mi cama y comiste de mi mesa». || Yeshúa le dice: «SOY el que es de la igualdad; a mí se me han dado las cosas de mi Padre». || Salomé dice: «Soy tu discípula». || Yeshúa le dice: «Por eso yo digo que cuando alguien iguala, se llenará de luz; pero cuando discrimina, se llenará de oscuridad».

El diálogo con Salomé revela el criterio del discipulado: «igualar» —llegar a ser idéntico al Uno, sin discriminación de partes— llenarse de luz. «Discriminar» —separar, dividir, juzgar con criterios dualistas— es llenarse de oscuridad. Yeshúa se presenta como «el de la igualdad»: el que ha realizado la unidad. Salomé, al reconocerlo y declararse discípula, da el primer paso hacia esa misma igualdad (cf. Teresa de Ávila, Castillo Interior VI.4).

62. Yeshúa dice: «Yo comunico mis misterios a quienes son dignos de mis misterios. No dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace tu derecha».

Los misterios son comunicados según la capacidad del receptor: no hay elitismo sino pedagogía de la apertura. La frase sobre la mano izquierda y derecha, en este contexto, apunta a la acción espiritual que no se publicita ni se auto-justifica —actúa desde el centro sin que la parte parcial del ser lo sabotee. La mano izquierda es el ego que busca reconocimiento; la derecha, el alma que obra desde el silencio del Padre.

63. Yeshúa dice: «Había una persona rica que poseía mucho dinero, y dijo: 'Utilizaré mi dinero para sembrar y cosechar y volver a sembrar, para llenar mis graneros con fruto y que nada me falte'. Así pensaba en su corazón —y aquella misma noche, murió. Quien tiene oídos, ¡que oiga!»

La riqueza material y el proyecto de acumulación infinita son contradichos por la muerte que llega sin avisar. El rico no es condenado por su riqueza sino por su ilusión de control y su ausencia de memoria de la muerte. En clave gnóstica, el alma que invierte todo su capital en el mundo perecedero amanece vacía. «Que nada me falte» es la fórmula de quien no sabe lo que realmente le falta: el conocimiento del Padre.

64. Yeshúa dice: «Una persona tenía huéspedes. Y cuando había preparado el banquete, envió a su esclavo para convidar a los huéspedes. Los invitados se excusaron uno por uno por negocios, casa, bodas, hacienda. Vino el esclavo, dijo a su amo: 'Los que has convidado al banquete se han excusado'. Dijo el amo a su esclavo: 'Sal a los caminos —¡trae a quienesquiera que encuentres, para que cenen!'. Y dice: 'Comerciantes y mercaderes no entrarán en los lugares de mi Padre'».

El banquete del Padre es rechazado por quienes están absorbidos en los negocios del mundo: dinero, propiedad, relaciones sociales. La excusa es siempre lo urgente que desplaza lo esencial. Los que finalmente entran son los marginados, los de los caminos —los que no tienen agenda que los retenga. El logion critica directamente a los «mercaderes» como símbolo de quienes hacen del mundo su única realidad (cf. Ezek 27-28; Ap 18).

65. Yeshúa dice: «Una persona bondadosa tenía una viña. La arrendó a aparceros para que la cultivaran y recibiera de ellos su fruto. Mandó a su esclavo para que los aparceros le dieran el fruto —lo golpearon. Mandó a otro esclavo —lo golpearon también. Entonces el amo mandó a su hijo. Dijo: 'Tal vez respetarán a mi hijo'. Ya que aquellos aparceros sabían que era el heredero de la viña, lo agarraron, lo mataron. Quien tiene oídos, ¡que oiga!»

La parábola de los viñadores homicidas apunta a la resistencia del mundo ante el Logos. El «bondadoso» que da sin recibir es el Padre; los esclavos son los profetas; el hijo asesinado es el Cristo. Los aparceros que se niegan a entregar el fruto son quienes retienen en sí mismos lo que el Padre reclama: el reconocimiento de su filiación divina. La violencia contra el enviado es la violencia del ego contra el despertar.

66. Yeshúa dice: «Mostradme la piedra que han rechazado los constructores —es la piedra angular».

Lo que el mundo rechaza como inútil es la base de toda construcción verdadera. La «piedra angular» es la gnosis, el Cristo, el conocimiento del Sí-mismo que los constructores de sistemas religiosos y filosóficos descartan por no caber en sus esquemas. El rechazo de lo esencial es la señal de que es esencial: lo que el ego descarta es precisamente lo que lo trasciende. La piedra rechazada y la angular son la misma (Sal 118:22).

67. Yeshúa dice: «Quien lo conoce todo excepto a sí mismo, carece de todo».

El conocimiento sin autoconocimiento es vacío. El saber erudito, enciclopédico o místico sobre el universo no rescata al que no se conoce a sí mismo. La gnosis comienza y culmina en el reconocimiento del propio ser como imagen del Padre. «Conócete a ti mismo» es aquí el criterio último: quien no lo ha hecho no tiene nada, aunque sepa todo lo demás. Es la inversión de toda pretensión de conocimiento que elude la pregunta de quién conoce.

68. Yeshúa dice: «Benditos sois cuando sois odiados y perseguidos, y no encontráis sitio allá donde habéis sido perseguidos».

El rechazo por parte del mundo es signo de pertenencia a otro orden. No encontrar «sitio» donde se ha sido perseguido es la gracia oculta de la marginación: el gnóstico no puede instalarse donde la verdad es peligrosa. La bienaventuranza de la persecución no es masoquismo sino reconocimiento de que la hostilidad del mundo confirma que algo en el perseguido ya no pertenece a él. El exilio exterior puede ser la puerta al hogar interior.

69. Yeshúa dice: «Benditos son los que han sido perseguidos en su corazón —éstos son los que han conocido al Padre en verdad». || Yeshúa dice: «Benditos son los hambrientos, pues la barriga del que desea se llenará».

La «persecución en el corazón» es la lucha interior: el alma que ha batallado con su propia oscuridad, sus propios miedos y resistencias, y ha salido de esa lucha con el conocimiento del Padre. Es la versión contemplativa de la bienaventuranza. La segunda parte del logion introduce el hambre espiritual como virtud: desear es la condición de ser llenado. El saciado de sí mismo no puede recibir; el hambriento está abierto.

70. Yeshúa dice: «Cuando saquéis lo que hay dentro de vosotros, esto que tenéis os salvará. Si no tenéis eso dentro de vosotros, esto que no tenéis dentro de vosotros os matará».

La salvación es un proceso de extracción: hacer salir lo que ya está dentro. La chispa divina, la imagen del Padre, el Logos interior —todo está ya en el alma esperando ser sacado a la luz. Si permanece enterrado, su potencia no liberada se convierte en sombra destructiva. La gnosis no añade nada exterior sino que activa lo que ya habita en el ser. El que no saca muere por retener lo que debía vivir como luz.

71. Yeshúa dice: «Yo destruiré esta casa, y nadie será capaz de reconstruirla».

La «casa» que será destruida es el templo del ego o el templo material como símbolo de la religión exterior. La destrucción es definitiva porque lo que Yeshúa viene a desinstalar no puede volver a instalarse: la gnosis disuelve el velo que no puede rehacerse una vez rasgado. En sentido amplio, alude también al templo de Jerusalén (Mc 14:58; Jn 2:19). Lo que se destruye es la ilusión de que lo sagrado puede contenerse en estructuras humanas.

72. Alguien le dice: «Diga usted a mis hermanos que repartan conmigo las posesiones de mi padre». || Él le dice: «Oh hombre, ¿quién me hizo repartidor?» || Se volvió a sus discípulos, les dice: «No soy repartidor, ¿verdad?»

Yeshúa rechaza el papel de árbitro en disputas materiales. Su misión no es administrar la herencia del padre biológico sino revelar la herencia del Padre celestial, que no puede dividirse ni litigarse. La pregunta final a los discípulos es irónica e invita a la reflexión: ¿qué tipo de autoridad buscamos en el maestro espiritual? El Cristo gnóstico no viene a organizar el mundo sino a trascenderlo.

73. Yeshúa dice: «La cosecha en verdad es abundante, pero los obreros son pocos. Así pues, implorad al Amo que mande obreros a la cosecha».

La cosecha es el momento de maduración espiritual que el mundo está viviendo: hay multitudes listas para el despertar. El problema no es la receptividad del campo sino la escasez de quienes han sido preparados para cosechar —para acompañar, guiar y servir el proceso. La oración al Amo no es pasividad sino reconocimiento de que los verdaderos obreros del espíritu vienen enviados, no auto-designados.

74. Yeshúa dice: «Amo, ¡hay muchos alrededor del embalse, pero ninguno dentro del embalse!»

El «embalse» (cisterna, pozo) es la fuente de Agua Viva —el Espíritu, la gnosis directa. Hay multitudes que rodean la fuente, que hablan de ella, que construyen instituciones a su alrededor, pero nadie que se sumerja en ella. La proximidad sin inmersión es la tragedia religiosa que el logion denuncia. Orígenes cita este dicho en el siglo III como señal de la superficialidad espiritual generalizada.

75. Yeshúa dice: «Hay muchos que están de pie a la puerta, pero los solitarios son los que entrarán en la alcoba nupcial».

La «alcoba nupcial» es el lugar de la unión mística con el Padre —imagen del Cantar de los Cantares llevada a su dimensión espiritual más íntima. Muchos rondan la puerta de la experiencia mística pero pocos entran: los «solitarios» (monachoi), los que han alcanzado la unidad interior. La boda espiritual exige haber salido del estado de dualidad: solo el que es uno puede unirse al Uno (cf. Mt 25:10).

76. Yeshúa dice: «La soberanía del Padre se asemeja a un mercader poseedor de una fortuna, el cual encontró una perla. Aquel mercader era astuto —vendió la fortuna, compró para sí mismo la perla única. Vosotros mismos, buscad el tesoro de su rostro, que no perece, que perdura —el lugar donde ni la polilla se acerca para devorar ni el gusano destruye».

La perla única es la gnosis del Padre, que no tiene precio comparable a ninguna otra riqueza. El mercader «astuto» reconoce lo incomparable y no duda en renunciar a todo lo demás. El «tesoro del rostro» alude a la visión directa del Padre —la beatitud de verlo frente a frente. Lo imperecedero es el único tesoro real. El logion culmina con la imagen esencial: lo que polilla y gusano no pueden tocar es lo divino en el alma.

77. Yeshúa dice: «SOY la luz que existe sobre todos, SOY el todo. Todo salió de mí y todo vuelve a mí. Partid la madera, allí estoy; levantad la piedra y allí me encontraréis».

La afirmación más absoluta del evangelio: el Cristo es el Logos que fundamenta toda existencia. «SOY el todo» —no como panteísmo sino como Fuente de la que todo emana y a la que todo regresa. La omnipresencia en la madera y la piedra no es animismo sino la afirmación de que ningún rincón de la realidad está vacío del Logos. Lao Tzu habla del Tao que «regresa a su raíz»; aquí el Cristo es ese retorno universal.

78. Yeshúa dice: «¿Por qué salisteis a lo silvestre —para ver una caña sacudida por el viento? ¿Y para ver a una persona vestida con ropa lujosa? He aquí, vuestros gobernantes y vuestros dignatarios son los que se visten con ropa lujosa, y ellos no podrán conocer la verdad».

El poder y el lujo no son compatibles con el conocimiento de la verdad. Los que se revisten de apariencias externas —autoridad, riqueza, estatus— tienen demasiado que perder para abrirse a la gnosis que lo subvierte todo. La caña agitada por el viento es el profeta genuino: flexible, vulnerable, en contacto con el soplo del Espíritu. Los poderosos son rígidos en su magnificencia y por eso ciegos a lo que importa.

79. Una mujer de la multitud le dice: «¡Bendito es el vientre que te parió, y benditos los pechos que te amamantaron!» || Él le dice: «Benditos son quienes han oído el significado del Padre y lo han cumplido en verdad. Pues habrá días en los que diréis: '¡Bendito es el vientre que no ha engendrado y los pechos que no han amamantado!'»

Yeshúa desvía el honor de lo biológico hacia lo espiritual: no la maternidad carnal sino el escuchar y cumplir la Palabra del Padre. La segunda sentencia apunta a los tiempos de tribulación en que la no-procreación será una gracia. En profundidad gnóstica, el vientre que no engendra es el alma que no reproduce patrones del mundo viejo sino que permanece virgen para el Espíritu. La bienaventuranza verdadera es del oyente activo.

80. Yeshúa dice: «Quien ha conocido el sistema, ha encontrado el cuerpo —y quien ha encontrado el cuerpo, de él no es digno el sistema».

Variante del logion 56, con un matiz: conocer el mundo lleva al descubrimiento del «cuerpo» —no el cuerpo material sino el cuerpo espiritual, el soma pneumatikon. El que ha visto la naturaleza cadavérica del kosmos y ha encontrado el cuerpo verdadero ya no puede ser reclamado por el mundo. La dignidad de quien ha encontrado ese cuerpo supera todo lo que el sistema puede ofrecer o amenazar.

81. Yeshúa dice: «Quien se enriquece, que se haga soberano; y quien tiene poder, que renuncie a él».

El logion es paradójico por diseño: el enriquecido (espiritualmente) debe asumir soberanía —responsabilidad, presencia, autoridad desde la gnosis. Pero quien tiene poder mundano debe renunciarlo. Las dos instrucciones son la inversión completa de los valores del mundo: la riqueza verdadera confiere responsabilidad, el poder mundano exige abandono. Es casi un koan: el rey sin poder, el rico que da.

82. Yeshúa dice: «Quien está cerca de mí está cerca del fuego, y quien está lejos de mí está lejos de la soberanía».

La proximidad a Yeshúa es a la vez privilegio y peligro: el fuego purifica pero quema. No hay zona cómoda de media distancia con el Viviente: o cerca y en llamas, o lejos y en frío. Orígenes cita este logion en el siglo III, confirmando su circulación temprana. El fuego es el Espíritu, el amor que transforma, la gnosis que no deja nada sin examinar. Alejarse de él es alejarse de la soberanía —del propio ser divino.

83. Yeshúa dice: «Las imágenes aparecen a la humanidad, y la luz que existe dentro de ellas se esconde. Él se revelará en las imágenes de la luz del Padre —pero todavía su imagen se esconde por su luz».

El Padre se revela a través de imágenes —el mundo, el Cristo, el alma— pero su luz es tan intensa que la esconde en el acto de revelarla. La paradoja es mística: cuanto más cerca de la fuente, más cegadora la luz. Las imágenes sensibles son velos que muestran y ocultan simultáneamente. El proceso de la gnosis es aprender a ver a través de las imágenes hacia la Luz que las habita y las trasciende.

84. Yeshúa dice: «Cuando veis vuestro reflejo, os regocijáis. Pero cuando percibáis vuestras imágenes que han entrado en la existencia en vuestra presencia —las cuales ni mueren ni esconden— ¿hasta qué punto dependerán de vosotros?»

El logion distingue el reflejo efímero del espejo —la imagen del ego que complace— de la «imagen» eterna que precede al individuo y no muere. Esta imagen primordial, el icono divino del alma, existió antes que el ser encarnado. La pregunta es la más honda del texto: esa imagen que no muere, ¿de qué depende? La respuesta implícita: no depende del ego sino del Padre. El alma es imagen; el ego, sombra de esa imagen.

85. Yeshúa dice: «Adán entró en la existencia por un gran poder y una gran riqueza, y sin embargo no se hizo digno de vosotros. Pues si hubiera sido digno, no habría saboreado la muerte».

Adán, primer hombre, recibió poder y riqueza en la creación —pero no la gnosis que lleva a la inmortalidad. La humanidad que escucha a Yeshúa tiene ante sí una posibilidad que Adán no realizó. El primer hombre cayó porque no conocía su verdadera dignidad; el iniciado gnóstico puede no «saborear la muerte» si realiza lo que Adán perdió. La nueva humanidad que se forja en el conocimiento supera a la adámica.

86. Yeshúa dice: «Los zorros tienen sus guaridas y los pájaros tienen sus nidos, pero el hijo de la humanidad no tiene ningún lugar para poner su cabeza y descansar».

El «hijo de la humanidad» (Bar-Enasha / Hijo del Hombre) es Yeshúa mismo y por extensión el gnóstico realizado: alguien que ya no pertenece a ningún lugar del mundo. Los animales tienen hábitat fijo; el iniciado es extranjero en toda tierra porque su verdadera morada es el Padre. La falta de lugar no es indigencia sino libertad: el que no tiene dónde posarse puede volar a cualquier altura.

87. Yeshúa dice: «Maldito es el cuerpo que depende de otro cuerpo, y maldita es el alma que depende de estar juntos ellos».

La dependencia corporal y el apego del alma a la carne son las dos cadenas que atan al ser al ciclo de la ignorancia. No se trata de negar el cuerpo sino de no hacer de él la fuente de la identidad y la seguridad. El alma que depende del cuerpo para existir se ha identificado con lo perecedero. La liberación gnóstica es precisamente esta desidentificación: el alma que encuentra su fundamento en el Padre, no en la materia.

88. Yeshúa dice: «Los ángeles y los profetas vendrán a vosotros, y os regalarán lo vuestro. Y vosotros mismos, dadles lo que tenéis en vuestras manos y decid entre vosotros: '¿En qué día vendrán para recibir lo suyo?'»

Los ángeles y profetas son mensajeros que devuelven al alma lo que le pertenece por origen divino: el conocimiento de sí misma. Pero el intercambio es mutuo: el gnóstico también tiene algo que dar —su presencia actualizada, su testimonio vivo. La pregunta sobre el «día» en que vendrán a recibir lo suyo apunta a la reciprocidad escatológica: la realización del alma contribuye a la plenitud cósmica (cf. Ap 21:17).

89. Yeshúa dice: «¿Por qué laváis el exterior del cáliz? ¿No entendéis que él que crea el interior, también crea el exterior?»

La pureza ritual externa es inútil si lo interior permanece impuro. Pero el argumento va más allá: el mismo Creador hizo interior y exterior —no son dominios separados. La purificación verdadera debe partir del interior porque es allí donde habita el Creador. El exterior purificado desde afuera sigue siendo máscara; el interior purificado desde dentro transforma también lo exterior de manera orgánica (cf. Lc 11:39-41).

90. Yeshúa dice: «Venid a mí, pues mi yoga es natural y mi dominio es manso —y encontraréis reposo para vosotros mismos».

El término copto traducido como «yoga» (zugós en griego) indica la disciplina que une al discípulo con el maestro. No es un yugo de esclavitud sino el vínculo que armoniza. «Natural» (jrestos) apunta a algo que se ajusta perfectamente al ser, sin forzar. El reposo (anapausis) que promete no es inactividad sino la quietud de quien ha encontrado su lugar en el Padre. Yeshúa no impone peso: ofrece ajuste (cf. Mt 11:28-30).

91. Le dicen: «Dinos quién eres tú, para que confiemos en ti». || Él les dice: «Escudriñáis la faz del cielo y de la tierra —pero no conocéis a quien tenéis enfrente, y no sabéis preguntarle en este momento».

La demanda de credenciales —«dinos quién eres»— es la trampa del conocimiento mediato. Yeshúa señala que los que piden identificación ya son capaces de leer el cielo y la tierra, pero no reconocen al Viviente que está directamente frente a ellos. La gnosis no se transmite por credenciales sino por presencia. El «momento presente» es el único lugar donde el encuentro es posible: no en el pasado profético ni en el futuro escatológico.

92. Yeshúa dice: «Buscad y encontraréis. Pero las cosas que me preguntabais en aquellos días, no os las dije entonces. Ahora quiero comunicarlas y no preguntáis sobre ellas».

El logion señala la paradoja pedagógica del maestro gnóstico: cuando el discípulo pregunta, el tiempo no es propicio; cuando el maestro está listo para revelar, el discípulo ya no pregunta. La búsqueda sincera y la apertura en el momento justo son condiciones de la revelación. «Buscad y encontraréis» es universal; pero el momento del encuentro no puede forzarse: el maestro revela cuando el alma está madura para recibir.

93. Yeshúa dice: «No deis lo sagrado a los perros, para que no lo echen en el montón de estiércol. No arrojéis las perlas a los cerdos, para que no lo hagan [...]».

El discernimiento sobre a quién se comunica la gnosis es responsabilidad del iniciado. No todo contexto ni toda persona está en el estado de poder recibir los misterios: lo sagrado entregado sin discernimiento es profanado. «Perros» y «cerdos» no son insultos sino símbolos de la incapacidad receptiva en un momento dado. La compasión gnóstica incluye saber cuándo no revelar, para no dañar ni al receptor ni a lo sagrado.

94. Yeshúa dice: «Quien busca encontrará, y a quien aldabea se le abrirá».

La promesa es incondicional: buscar garantiza encontrar; llamar garantiza que se abra. La gnosis no es un bien escaso ni un privilegio reservado: está disponible para todo el que genuinamente busca y persiste en llamar. El «aldabear» implica insistencia, confianza, relación: no es una búsqueda fría sino el gesto de quien sabe que hay alguien al otro lado. La puerta del Padre no está cerrada para el que llama desde el corazón.

95. Yeshúa dice: «Si tenéis monedas, no las prestéis a interés —sino dadlas a aquéllos de quienes no recibiréis reembolso».

La economía del Reino invierte la lógica financiera: dar sin esperar retorno. El préstamo con interés convierte el don en instrumento de poder y dependencia. El dar sin reembolso es el gesto del amor gratuito —agapé— que no calcula. En sentido gnóstico, los «recursos» son también los espirituales: conocimiento, atención, presencia. El iniciado los ofrece sin esperar reciprocidad, como el Padre que da sin condiciones (cf. Lc 6:30-36).

96. Yeshúa dice: «La soberanía del Padre se asemeja a una mujer que ha tomado un poco de levadura, la ha escondido en la masa, sacó grandes panes de ella. Quien tiene oídos, ¡que oiga!»

La levadura escondida en la masa es la gnosis oculta en el mundo: pequeña, invisible, pero capaz de transformar toda la masa. La mujer que actúa en silencio es imagen de la acción del Espíritu (femenino en arameo) que transforma desde dentro. El Reino no llega con estruendo sino como fermento imperceptible que lo cambia todo. El pan que resulta —grande, nutritivo— es la humanidad transformada por el conocimiento interior.

97. Yeshúa dice: «La soberanía del Padre se asemeja a una mujer que llevaba una jarra llena de grano. Mientras estaba andando por un camino lejano, se rompió el asa de la jarra, derramó el grano detrás de ella en el camino. No lo sabía, no había notado ningún accidente. Cuando llegó a su casa, puso la jarra en el suelo —la descubrió vacía».

La parábola más enigmática del evangelio: el Reino se parece a un vaciamiento inconsciente. La mujer llega a casa con una jarra vacía sin saber que la perdió en el camino. Puede interpretarse como advertencia: el alma puede vaciarse de su bien espiritual gradualmente, sin darse cuenta, en el transcurso de la vida ordinaria. Solo al llegar «a casa» —al momento de la muerte o del despertar— descubre el vacío. La inconsciencia es el peligro.

98. Yeshúa dice: «La soberanía del Padre se asemeja a una persona que desea asesinar a una gran persona. Desenvainó su espada en su casa, la clavó en la pared para averiguar si su mano vencería. Luego asesinó a la gran persona».

La parábola de la espada ensayada: el Reino requiere preparación antes de la acción decisiva. El «gran hombre» a matar puede ser el ego, la ilusión dominante, el obstáculo interno. No se actúa impulsivamente sino después de haber probado la fuerza en privado. La «espada de la boca» (Isa 49:2; Ap 1:16) es el Logos que atraviesa y transforma. El logion invita a la preparación interior seria antes de cualquier acción espiritual mayor.

99. Le dicen sus discípulos: «Tus hermanos y tu madre están de pie ahí fuera». || Él les dice: «Los que cumplen aquí los deseos de mi Padre —éstos son mis Hermanos y mi Madre. Ellos son los que se entrarán en la soberanía de mi Padre».

La familia espiritual supera a la biológica. Los «hermanos y hermanas» del Cristo son los que hacen la voluntad del Padre —no los que comparten la sangre. La soberanía del Padre se hereda por filiación espiritual, no por nacimiento carnal. El logion invita a reconocer la verdadera pertenencia: la comunidad de los que han despertado al Padre es la única familia que trasciende la muerte y el tiempo.

100. Le muestran a Yeshúa una moneda de oro y le dicen: «Los agentes del César nos exigen tributos». || Él les dice: «Dad al César lo que es del César, dad a Dios lo de Dios y dadme a mí lo mío».

El logion tomásico añade una tercera reclamación ausente en los sinópticos: «dadme a mí lo mío». Yeshúa reclama algo que ni César ni Dios-ídolo pueden reclamar: la pertenencia interior del alma. César recibe lo exterior (moneda, impuesto); Dios recibe la adoración; el Cristo recibe el alma misma —la imagen que lleva su sello. La distinción de los tres ámbitos es la gnosis política y espiritual del iniciado.

101. Yeshúa dice: «Quien no odia a su padre y a su madre a mi manera, no podrá hacerse discípulo mío. Y quien no ama a su Padre y a su Madre a mi manera, no podrá hacerse discípulo mío. Pues mi madre me parió, pero mi Madre verdadera me dio la vida».

La doble mención de padres —con minúscula y mayúscula— revela la distinción gnóstica fundamental: padre/madre biológicos versus el Padre-Madre celestiales. Odiar a los primeros en el sentido semítico de posponerlos; amar a los segundos con devoción total. «Mi Madre verdadera» que da la vida es el Espíritu Santo —femenino en arameo— la dimensión materna de lo divino que engendra la vida espiritual donde la biológica no alcanza.

102. Yeshúa dice: «¡Ay de los dogmáticos! —pues se asemejan a un perro dormido en el pesebre de los bueyes. Pues ni come ni deja que coman los bueyes».

La fábula esópica del perro del hortelano es aplicada a los guardianes de la ortodoxia: ni se nutren de lo que custodian ni permiten que otros lo hagan. El dogmatismo duerme sobre la gnosis sin acceder a ella, y simultáneamente impide que otros la reciban. La crítica es a la función social de la religión institucional que convierte el conocimiento sagrado en propiedad que se defiende pero no se usa.

103. Yeshúa dice: «Bendita sea la persona que sabe por qué parte entran los bandidos, para que se levante y recoja sus cosas y ciña sus lomos antes de que entren».

La vigilancia espiritual es anticipatoria: el iniciado no espera ser asaltado para reaccionar. Conocer los puntos de entrada de «los bandidos» —las pasiones, las ilusiones, las distracciones— es la sabiduría que precede a la armadura. «Ceñir los lomos» es la imagen bíblica de la preparación para el camino. El bienaventurado es el que vive en estado de alerta lúcida, no de paranoia sino de atención despierta.

104. Le dicen: «¡Ven, oremos y ayunemos hoy!» || Yeshúa dice: «¿Pero cuál es la transgresión que he cometido yo, o en qué he sido vencido? Pues cuando salga el Novio de la alcoba nupcial, ¡entonces que ayunen y oren!»

El ayuno y la oración tienen sentido como respuesta a la ausencia del Novio —cuando el Viviente no está directamente presente. Yeshúa rechaza el ascetismo como exhibición o como negación del cuerpo: ¿por qué ayunar cuando el Novio está presente? La alcoba nupcial es el estado de unión mística; mientras dura, es celebración, no penitencia. El logion invita a discernir cuándo el alma está en presencia y cuándo en búsqueda.

105. Yeshúa dice: «Quien reconoce a padre y madre, será llamado hijo de ramera».

El reconocimiento de los padres biológicos como fuente última de identidad convierte al que lo hace en «hijo de ramera» —el que no conoce a su verdadero Padre. Es la inversión radical del logion 101: quien se queda en lo biológico niega su filiación divina. En la gnosis, la identidad verdadera no viene de la sangre sino del origen en el Padre. Reconocer solo los padres carnales es no saber quién es uno realmente.

106. Yeshúa dice: «Cuando hagáis de los dos uno, os convertiréis en hijos de la humanidad —y cuando digáis a la montaña, '¡Muévete!', se moverá».

El poder de mover montañas —símbolo de lo imposible— brota de la unificación interior. Solo el que ha hecho de «los dos uno» accede a la capacidad creadora del Logos. «Hijos de la humanidad» (Bar-Enasha) en plural indica que la unidad interior genera pertenencia a una nueva humanidad: la de los unificados. No es magia sino eficacia ontológica: lo que está en paz en el ser reordena el mundo exterior.

107. Yeshúa dice: «La soberanía se asemeja a un pastor que posee 100 ovejas. Se extravió una de ellas, que era la más grande. Él dejó las 99, buscó a la una hasta que la encontró. Habiéndose cansado, dijo a esa oveja: '¡Te quiero a ti más que a las 99!'»

La oveja extraviada es «la más grande» —la más valiosa, quizás la que más ha descendido. La versión tomásica añade un detalle ausente en los sinópticos: el pastor se cansa. El amor que busca lo perdido no es impasible sino ardiente, que agota. La declaración final —«te quiero más a ti que a las 99»— es la afirmación del amor que da todo por lo que estaba perdido. El Padre no abandona al alma caída; la busca con preferencia.

108. Yeshúa dice: «Quien bebe de mi boca, se hará semejante a mí. Yo mismo me convertiré en él, y los secretos se le manifestarán».

La unión gnóstica más completa: el discípulo que bebe de la boca del Viviente —que asimila directamente su Palabra viva— se hace semejante a él. Y Yeshúa se convierte en ese discípulo: la identificación es mutua. Los secretos se revelan no como información sino como transformación: el que se ha hecho semejante al Cristo ya no necesita que se le explique lo oculto; lo vive. Es la cima del camino gnóstico: la identidad con el Viviente.

109. Yeshúa dice: «La soberanía se asemeja a una persona que tiene un tesoro escondido en su campo sin saberlo. Y después de morir, lo legó a su hijo. El hijo no lo sabía, aceptó aquel campo, lo vendió. Y vino quien lo compró —lo aró, descubrió el tesoro. Empezó a prestar dinero a interés, a quienesquiera que deseaba».

El tesoro divino está en el campo del alma sin que el heredero lo sepa. La herencia pasa de padre a hijo sin que ninguno conozca lo que porta. Solo el forastero —el que ara con libertad, sin suposiciones heredadas— descubre el tesoro. En clave gnóstica: la verdad está en nosotros, pero a veces solo la encuentra quien viene de fuera de la tradición familiar y lo ve con ojos nuevos. El descubridor, paradójicamente, lo presta a interés —lo comparte.

110. Yeshúa dice: «Quien ha encontrado el sistema y se ha enriquecido, que renuncie al sistema».

El orden del logion es deliberado: primero se encuentra, luego se enriquece, finalmente se renuncia. No es renuncia ignorante sino desprendimiento desde la plenitud. El gnóstico no huye del mundo por miedo sino que lo ha encontrado —lo ha conocido plenamente— y precisamente por eso lo deja. La renuncia desde la ignorancia es fuga; la renuncia desde el conocimiento es libertad. Quien sabe lo que renuncia puede renunciar sin pérdida.

111. Yeshúa dice: «El cielo y la tierra estarán enrollados en vuestra presencia. Y quien vive de adentro del Viviente, no verá ni la muerte ni el miedo —pues Yeshúa dice: Quien se encuentra a sí mismo, el mundo no es digno de él».

La parousia gnóstica: cielo y tierra se enrollan como un pergamino —toda la creación se recoge— ante el alma que ha encontrado al Viviente desde dentro. No hay muerte ni miedo para quien vive del Viviente porque ya participa de la vida que trasciende toda muerte. «Encontrarse a sí mismo» es el logion conclusivo: el autoconocimiento que revela la imagen divina hace al ser indigno del mundo —y al mundo indigno del ser.

112. Yeshúa dice: «¡Ay de la carne que depende del alma, ay del alma que depende de la carne!»

La dependencia mutua de carne y alma —cuando ninguna trasciende a la otra— es la condición de la ignorancia. No se condena la carne en sí sino la carne que no tiene otro horizonte que sí misma, y el alma que se ha reducido a ser esclava de las demandas carnales. La liberación requiere que el alma reconozca su origen en el Espíritu y la carne encuentre su función como templo, no como prisión.

113. Sus discípulos le dicen: «¿Cuándo vendrá la soberanía?» || Yeshúa dice: «No vendrá por anticipación. No dirán, '¡Mirad aquí!' o '¡Mirad allá!'. Sino que la soberanía del Padre se extiende sobre la tierra y los humanos no la perciben».

El último logion sobre el Reino confirma la escatología realizada del evangelio: la soberanía ya está extendida sobre la tierra, ya ha llegado, ya es. El problema no es su ausencia sino la incapacidad de percibirla. No habrá señales externas que la anuncien: vendrá sin anticipación porque ya está aquí. La gnosis es precisamente la apertura de la percepción que permite ver lo que ya es pero permanece invisible a los ojos del mundo.

114. Shimón Kefa les dice: «Que Máriam salga de entre nosotros, pues las mujeres no son dignas de la vida». || Yeshúa dice: «He aquí, le inspiraré a ella para que se convierta en varón, para que ella misma se haga una espíritu viviente semejante a vosotros varones. Pues cada mujer que se convierte en varón, entrará en la soberanía de los cielos».

El logion final es profundamente irónico: en arameo, «espíritu» (ruaj) es femenino. Decir que Máriam se convertirá en «espíritu viviente» es hacerla más femenina, no más masculina. La paradoja es la enseñanza: «varón» en el lenguaje gnóstico apunta al estado de unidad e integridad —el anthropos completo— no al género biológico. Clemente de Alejandría lo confirma: el alma perfecta no es ni masculina ni femenina. Máriam ya está más cerca del Reino que Pedro.

Traducciones de referencia: Paterson Brown (metalog.org, 2006) y Aurelio De Santos Otero (BAC). Comentarios basados en la comparación de ambas versiones y en fuentes patrísticas citadas en el aparato crítico de la primera traducción.